

DE DIPLOMATICO A ACTOR

Cuando conocí a Alfredo Gómez de la Vega en 1916, era tercer Secretario en la Legación de México en Madrid. Su jefe, Juan Sánchez Azcona, le tenía en alta estima y confianza; y con razón porque el flamante diplomático aunaba a su personal simpatía, claridad de inteligencia y un tesonero empeño en el trabajo, cualidades conjuntas que podía ornar, además, con la rara habilidad burocrática de ser un taquimecanógrafo competentísimo; es decir, que era un secretario ideal.

Pero él no quería ser eso, sino mucho menos y mucho más que todo eso. Gómez de la Vega se sentía el poseso de una sacrosanta misión; en su espíritu inquieto había una incontenible marejada de ímpetus artísticos; quería ser actor, debía ser actor porque tal era en sus sueños y en su resoluta voluntad, y porque actor era en sí, por nacimiento, convencimiento y destino.

Cuando salió de México, entre augurios de triunfo, hace ya trece años, la acometividad de su afición teatral era avasalladora. Tenía el mozo los ojos henchidos de divino horizonte y el ánima asediada por anhelos y zozobras largo tiempo sumisas. Se abrazaba como un iluminado; creía en sí mismo como en un axioma, y, sin embargo, no era nada al exterior, no estaba consagrado; su valer permanecía latente. Para ser lo que había de ser le faltaban la cultura, la experiencia y el sufrimiento. Por eso dejó atrás las comodidades hogareñas y su gran pasión romántica, la bonísima abuela para emigrar a caminos forasteros donde habría de padecer fundiendo su carácter en un horno de dolor.

* * *

Al arribar a Madrid, en 1912, cayó en las doctas manos del agrídulce Francisco Icaza y en las franciscanas del excelso Amado

Nervo, quienes ayudaron hasta donde pudieron al artista. Con Nervo llamó a las puertas del Teatro de la Princesa, munido de una carta de Icaza para el pontífice de aquel templo, Fernando Díaz de Mendoza, el cual acogió a nuestro novel artista con singular benevolencia, contestando a Icaza, después de escuchar al magnífico recitador 'que saludaba en Alfredo Gómez de la Vega al primer actor que iba a tener América', agregando luego con firmeza: "No se necesita ser profeta para asegurar que ese muchacho será un gran actor". Pero como previamente, para presentarse en el teatro español, habría de corregir su acento, pronunciar y no pronunciar, el esforzado artista hubo de esperarse estudiando, estudiando...

En esta ardua labor vivía cuando el glorioso Nervo, que ya no pudo valer a su amigo, lo entregó a un corazón: Juan Sánchez Azcona que lo recibiera en gran señor y camarada; comenzando entonces las andanzas diplomáticas de Gómez de la Vega.

A mediados de 1916, nuestro Ministerio de Relaciones resolvió removerme, de la Agencia Confidencial en París a la Plenipotencia Extraordinaria en el A.B.C., pero antes de marchar a Buenos Aires debería cumplir cierta misión diplomática en Italia, pasando por España cuya tierra bendita pisé por primera vez en la estación Irún, donde me esperaba mi viejo y querido amigo Sánchez Azcona acompañado de sus secretarios, uno de ellos Gómez de la Vega. El cual me hiciera la mejor impresión: afable, caballeroso, culto y artista por encima de todo.

Cuando de la Vega hablaba de teatro, se enardecía, se transfiguraba, y al pronunciar los nombres de los maestros que conociera en México, Novelli, Palladini, la Mariani, sus palabras cálidas fluían como del rescoldo de un recuerdo abrasador.

* * *

Al cabo de bien estudiarlo y penetrar su alma encendida y admirar su apasionada vocación, un generoso día (generoso porque me permitió hacerle un gran bien) le pregunté al artista:

—Dígame, Alfredo, ¿cuál sería ahora su ilusión más grande?

—Ir a Italia —me contestó premioso.

—Ir a Italia —repetí lentamente— ir a Italia... pues lo invito a usted a ir a Italia. ¿Quiere venir conmigo?

—Pero, ¿de veras, señor licenciado? ¿Es cierto? ¿Es cierto?

—Y tan cierto.

—Pero ¿y don Juan? ¿Y la Secretaría de Relaciones?

—Con la Secretaría y con Juan me arreglo yo. Y me arreglé fácilmente por las necesidades mismas de un servicio de urgencia que debía cumplirse en término corto y perentorio.

En Italia, tierra santa del Arte, la de los viejos ideales, la de los teatros-santuarios, el anheloso peregrino Gómez de la Vega exclamó como Goethe cuando conociera Roma:

—Al fin he nacido.

El artista encontró allí su otro “divino tesoro”, el de sus maestros, y un ambiente acogedor, inspirador, propicio. Cuando se personaba en las puertas de un teatro, parecía que una parvada innúmera cantaba en su corazón; y ya adentrado, en la penumbra del salón, seguía el drama con avidez. Yo, atento le observaba. En los pasajes dolientes vestía su cara con una velatura de tristeza y en las escenas trágicas su congoja era convulsiva: cerraba los ojos con ahínco y los abría desmesuradamente con las pupilas desenfocadas; y así, desemblantado, contemplaba a los actores de hito en hito, sin perderles una sílaba, un matiz de la voz ni un detalle del gesto. El era todos los personajes; los estudiaba, los sentía, los vivía.

Palladini, Piperno, la Duce, Novelli, habían muerto; pero quedaba el prodigioso Zaoni venciendo a los jóvenes y a su propia vejez; y quedaban también Ema e Irma Gramática, Dina Galli, Carrinni, Plugero, Ruggeri, Mimi Agglia... A todos ellos se acercó el alma del aplicado estudioso buscando sus influencias, porque ellas, como dice Gide, son como espejos que nos enseñan, no como somos en realidad, sino como somos en estado latente. E hizo bien. El verdadero artista debe buscar las influencias magistrales, no para seguir las, sino para sentirlas, y tratar después de sobrepasarlas reivindicando la propia personalidad.

* * *

Cuando Alfredo pasó del ensueño italiano a la realidad de su vida diplomática, se encontró con un ascenso tan inesperado como indeseado: desde México lo ascendían a segundo secretario de Legación en Londres. Entonces Gómez de la Vega, repudiando el ascenso renunció su puesto, comprendiendo que, al fin, tenía que es-

coger su ruta definitiva ya que eran dos vidas, la diplomática y la artística que no podían ensamblar. Y prefería la artística.

Sánchez Azcona, perplejo y cariñoso, no quería aceptarle su dimisión. “Así cortará usted su carrera —le decía—, por un porvenir incierto y azaroso”.

Y Alfredo le contestó: “Sí —subrayando estas palabras textuales— llevar a cuestras el cadáver de los ideales es la cosa más terrible que le puede pasar a un hombre en la vida”.

* * *

Al realizar su ensueño comenzaron para el incipiente actor los implacables días acibarados. En España recorrió las negrucas veredas de zig zag en las compañías modestas. Conoció los cilicios de la humillación y la pobreza, la solemne pobreza hecha para que la soporten con dignidad los esclavos del ideal, como él. Aquellos años de brega incesante fueron su noche cerrada. Pero no tuvieron desperdicio. Nada hizo a destiempo, ni malamente, siempre subiendo, subiendo hasta llegar donde está.

Pasó el curso de su intrincada carrera teatral al lado de primeras figuras de la escena española: como Nieves Suárez, Carmen Cobeña, Catalina Bárcena y finalmente la gentil Mimí Aggla, hasta que al fin la ecuánime crítica de España y Portugal le dieron su espaldarazo de gran artista, con todos los calificativos de la consagración estética haciéndole plena y estricta justicia.

Gómez de la Vega es un cuajado y recio actor, de fina perspicacia para captar e interpretar con talento los papeles más disím-bolos. Se adentra en sus personajes con pasión y con respeto; los penetra con su sentido estético hasta el último resquicio de su almario, y después, con un fuerte sentimiento religioso —base del arte, según Goethe— ofrece su leal ofrenda al público.

Gómez de la Vega tiene otras cualidades: es un carácter, un pertinaz trabajador y un estudioso alerta a las flamantes palpitaciones de lo postrero en Arte.

Persevera en la acción y en la ilusión. El dolor, gran maestro, no le da cansera sino bríos y fe. Por eso vencerá al fin, porque comienza por vencerse a sí mismo.

(*Excelsior*, 12 de septiembre de 1927).